8873

Por mia madre!

Medina

20

MODISMO

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 7.º — Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 19 á 21)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

—

MADRID

¡POR UNA MADRE!

¡POR UNA MADRE!

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

DE

D. R. DE MEDINA Y SOLOGUREN.

Estrenada con aplauso en Madrid,
en el teatro de Variedades, el 1.º de Febrero de 1870.

MADRID.
IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO.
Espíritu Santo, 35 triplicado.
1870.

la misma pregunta. No hay miedo de que olvide nunca el dia en que llega el correo de la Habana... ¡Y las señoritas que no vuelven! Tal vez no se acordarán... (Volviendo al balcon.) Pero ese jóven... ¡Bah! me habré engañado. ¿Cómo es posible que D. Enrique se halle en Madrid sin que mis señoritas lo sepan? ¡Él, el amigo predilecto de mi pobre amo, su inseparable compañero!... ¡Oh! no es posible. Mas ¿qué digo? Él era, sí, le he visto bien...

ESCENA II.

DICHO Y JULIA Y ELISA que entran por el foro en traje de calle, de luto.

JULIA.

¡Antonio!...

ANTONIO.

¡Ah! (Volviéndose.) Ya han vuelto ustedes... Me alegro.

JULIA.

Qué, ¿ha ocurrido algo?

ANTONIO.

No, señora, sino que como Doña Isabel espera hoy carta...

JULIA.

¡Ah! sí, es verdad!

ANTONIO.

Y está impaciente...

ELISA.

(¡Pobre madre!)

JULIA.

(¡Cómo ha de ser! mucho me cuesta, mas no hay otro remedio!)

(Vase Julia por la segunda puerta de la izquierda; Elisa se dispone á seguirla pero Antonio la detiene con una seña.)

ESCENA III.

ELISA Y ANTONIO.

ANTONIO.

Señorita...

ELISA.

¿Qué quieres?

ANTONIO.

Dispense V. si la importuno; pero es el caso que...

ELISA.

Que tienes algo que decirme, ¿no es esto?.... Dilo, pues, mi buen Antonio; y si es que deseas alguna cosa de mí, desde ahora mismo puedes darla por obtenida... Que para quien ha servido á mi familia con lealtad por espacio de treinta años, y tanto á mi pobre hermano como á mí, que en sus brazos hemos crecido, nos ha dado mil pruebas de adhesion y de cariño, siempre habrá en mi corazon cariño y gratitud.

ANTONIO.

¡Ah! señorita... ¿Qué mayor recompensa para mí que oir de sus labios tan dulces palabras? Hasta ahora no he hecho más que cumplir con mi deber... Pero bien sabe Dios que por V., que es un ángel, y por la señorita Julia, que es una mártir, y por mi pobre señora, que es una santa, daria hasta la última gota de su sangre este infeliz viejo que es sólo un pobre diablo.

ELISA.

Gracias, amigo mio... mas sepamos qué es lo que tienes que decirme. Habla... ¿á qué aguardas?

ANTONIO.

Pues bien: ¿se acuerda V. del capitan Ortega?

ELISA.

¡De Enrique!.... ¿Cómo nó? Me acuerdo de todos los oficiales del regimiento de Cárlos, y de ese, que era su mejor amigo, mucho más... Pero, ¿á que viene ahora esa pregunta?

ANTONIO.

Porque le he visto hace poco.

ELISA.

¡Le has visto!

ANTONIO.

Sí.

ELISA.

¿Dónde?

ANTONIO.

En esta calle... Fuí á abrir el balcon por órden de la señora, y al asomarme vi pasar á un jóven que debe ser él... Aunque no iba de uniforme le conocí en seguida.

ELISA.

Lo mismo que yo.

ANTONIO.

¡Cómo! ¿V. tambien le ha visto? Y cuándo?...

ELISA.

Anoche, en el baile de la Condesa de Verde-soto.

ANTONIO.

¡Qué escucho!

ELISA.

Sí; yo estaba sentada al lado de Julia y tan ajena como ella á cuanto pasaba á nuestro alrededor... cuando de pronto mis ojos se fijaron en un grupo de jóvenes que habia á un extremo del salon, y en el centro de aquel grupo ví... mejor dicho, creí ver á Enrique que nos miraba con extraña expresion. No pude contenerme, y, sin pensar que era una inconveniencia, me levanté para salirle al encuentro; pero ya era tarde... Cuando mi hermana me preguntó la causa de mi turbacion, Enrique ya habia desaparecido y no me atreví á decirla la verdad... digo mal, á confesarle mi ilusion, porque no pudo ser otra cosa.

ANTONIO.

¡Ilusion! Y en mí tambien?..

ELISA.

Sí, Antonio. (Con amargura.) Enrique, si es que aún vive, pues no hemos recibido carta suya posterior á aquella en que nos anunciaba la muerte de mi hermano. debe hallarse muy lejos de nosotros, muy léjos de su patria, por cuyo amor sacrificó, como el infortunado Cárlos, sus más caras afecciones, yendo á Cuba á combatir la insurreccion.

ANTONIO.

Pues mire V., yo juraria que ese jóven... Vamos, no me cabe duda, era el capitan... la misma estatura, el mismo aire... Tan seguro estaba yo de que era él, que no pude ménos de exclamar: «Señora, mire V. quién va allí.»

ELISA.

Á mamá?...

ANTONIO.

Justo; y la pobre señora al oirme decir «mire V....» sin acordarme de que es ciega, se echó á reir...

ELISA.

Es natural; á ella aún le es dado reir y estar alegre... ¡Si supiera!... (Dirigiéndose al piano sobre el cual deja el abrigo, los guantes etc.) Mas, qué veo? (Mirando por el balcon.)

ANTONIO.

¿Qué, señorita?....

ELISA.

¡Oh! esta vez no me engaño... es él, Antonio, es Enrique...

ANTONIO.

¡Qué tal! ¿No lo decia yo?...

ELISA.

¡Dios mio! Era verdad!...

ANTONIO.

(Asomándose al balcon.) ¡Calle! y se aleja!...

ELISA.

¡Ah! nó, se detiene... vuelve... se dirige hácia aquí... ¡Oh! corre, corre á abrir.

ANTONIO.

Cuando yo lo decia... (Vase por el foro.)

ELISA asomándose á la segunda puerta de la izquierda.

Julia, ven, verás á Enrique que ha llegado...

ESCENA IV.

JULIA Y ELISA; despues ENRIQUE Y ANTONIO.

JULIA.

¡Enrique, has dicho?

ELISA.

Sí tal, le he visto entrar, ya debe haber subido...

ANTONIO.

Ya está aquí. (Levantando el portier y dejando pasar á Enrique.)

JULIA Y ELISA saliéndole al encuentro.

¡Enrique!...

(Enrique se inclina saludándolas con marcada frialdad y ellas se detienen sorprendidas.)

ELISA.

(¿Qué es esto?)

ANTONIO.

(Bajo á Enrique.) ¡Cómo capitan, no conoce V. ya á las señoritas?

ENRIQUE.

Sí, Antonio...

ANTONIO.

(Pues entónces, no lo entiendo.)

(Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

JULIA, ELISA Y ANTONIO.

JULIA acercándose á él con cariño.

¡Enrique!

ENRIQUE con sequedad.

Señora...

(Julia y Elisa se miran con extrañeza.)

JULIA.

(Me sorprende tal mudanza.) (Invitándole á tomar asiento.)

ENRIQUE.

Mil gracias, estoy bien.

ELISA.

(¡Qué cambio tan inexplicable!)

ENRIQUE.

Para el objeto que aquí traigo bastan algunos momentos. Se reduce á cumplir un encargo...

JULIA.

Pero...

ENRIQUE.

Dispense V. que no lo haya efectuado ántes; pues aunque hace un mes que he vuelto á España, asuntos del servicio me han detenido en Cádiz.

ELISA.

(¡Ah!)

ENRIQUE.

He aquí lo que debo entregar á V. (Presentando á Julia un pliego cerrado.)

JULIA.

De mi esposo?

ENRIQUE.

Sí, señora, de mi coronel... Al caer herido me lo entregó, con esta cruz que siempre llevó puesta sobre su corazon, y me dijo: «Para ella...» para V., señora.

JULIA.

¡Ah! (Tomando ambos objetos y llevando la cruz á sus labios.)

ENRIQUE.

(¡Hipócrita! Hoy en mi presencia llora, y ayer... ¡ah! quién habia de pensar que un rostro en que se ven retratados los más nobles y puros sentimientos encubriera un corazon tan desleal! Y luego dicen que el rostro es el espejo del alma!) Adios, señoras...

ELISA.

(¡Se marcha!)

JULIA.

¡Cómo, Enrique, nos deja V...!

ENRIQUE.

Nada me resta que hacer en esta casa.

ELISA.

(¡Nada!)

JULIA.

Nada? V. que le ha visto morir, que ha sido el único á quien ha podido estrechar entre sus brazos, que ha oido sus últimas palabras, esas palabras de un moribundo, que jamás se olvidan porque quedan grabadas en el corazon, ¡nada tiene que decirnos!... ¡oh! imposible.

ENRIQUE un tanto conmovido.

Señora, ¿qué puedo yo añadir á los tristes detalles de que le daba cuenta en mi carta?

JULIA.

Pero este pliego...

ENRIQUE.

En él, sin duda, comunica á V. un proyecto que su cariño hácia mí le inspiró un dia, y del cual yo ruego á V. que no se ocupe... porque ha muerto con él.

ELISA.

(¡Dios mio!)

JULIA.

¿Qué quiere V. decir?... ¡oh! hable V... no prolongue por más tiempo esa reserva...

ENRIQUE.

Yo...

JULIA.

La extraña expresion de su semblante, la indiferencia con que se presenta V. de nuevo en esta casa donde siempre se le ha considerado como uno de la familia, no puede ménos de reconocer una causa... Yo ignoro cuál es, y sin embargo, no me atrevo á pedir una explicacion que V., segun parece, no está dispuesto á dar. Pero ya que así pretende V. dejarnos, al ménos ofrézcame volver... mañana ó esta noche...

ENRIQUE.

Esta noche! ¡ah! nó. (Con ironía.) A qué privar á ustedes de asistir á algun baile?...

JULIA.

No comprendo...

ELISA.

(¡Ah!)

ENRIQUE.

Y á propósito... ¿Se divirtieron ustedes mucho en el de anoche?

JULIA.

¡Cómo! V. sabe?... Estuvo V. en él?

ENRIQUE.

Yo...

ELISA.

Sí, yo le vi.

ENRIQUE.

Pues bien, es cierto, allí estuve..... Y extraño es, en verdad, el haber ido á un baile el mismo dia de mi llegada por más que mi presencia en el fuese muy corta... Mas llevaba un objeto... Sabe V. cuál...? El de poder dar un mentís á quien aseguraba que entre aquellas mujeres radiantes de felicidad y de alegría que iban á disfrutar de las delicias del baile se encontraria la viuda del coronel Mendoza.

JULIA.

¡Ah!

ENRIQUE.

Pero yo fuí el desmentido.

JULIA.

¡Oh! Enrique... yo he podido arrostrar la censura de

todo el mundo, pero no debo permitir que V. me acuse. Escúcheme V...

ENRIQUE.

Yo, señora, á nadie acuso... Me ha preguntado V. y he respondido.

DOÑA ISABEL dentro.

Julia, Elisa...

ELISA.

¡Cielos!

ENRIQUE.

(La voz de su madre...)

JULIA.

Por favor, amigo mio, ni una palabra delante de ella... Ya hablaremos despues... Tú, Elisa, toca algo en el piano.

ELISA.

Pero...

JULIA.

Algo alegre... ya sabes...

ENRIQUE.

(Qué significa esto?)

JULIA.

Y V. Enrique, por extraño que encuentre cuanto vea, guarde el silencio más profundo.

ESCENA VI.

DICHOS Y DOÑA ISABEL, que aparece en la primera puerta de la izquierda.

DOÑA ISABEL.

Qué es esto... no hay aquí nadie? Elisa, hija mia, donde estás? (Elisa empieza á tocar un wals.) ¡Ah! picaruela... ¡cómo sabes que me gusta la música alegre!.. (Deja Elisa de tocar.) Muy bien, es muy bonito ese wals... Cuándo lo has aprendido? En el baile de anoche, tal vez...

ELISA.

Sí, justamente.

DOÑA ISABEL.

Pero, cómo se entiende... no vienes á darme el brazo?

JULIA adelantándose.

Yo se lo daré á V...

DOÑA ISABEL.

¡Ah! tú tambien estabas ahí... (La besa en la frente.) Vamos, pues llévame á mi butaca... Es muy bonito ese wals... (Mientras atraviesa la escena apoyada en Julia repite Elisa el wals muy piano.) Me gusta, me gusta... (Sentándose.)

ENRIQUE.

(Y es su madre quien habla de este modo!.. ¡oh! aquí debe haber algun misterio!)

DOÑA ISABEL.

Vaya y ¿qué tal estuvo el baile? No me habeis dicho nada... Habria mucho lujo, eh?

JULIA.

Sí, mucho.

DOÑA ISABEL.

Pero estoy segura que vuestros trajes no serian de los que ménos llamasen la atencion...

JULIA.

¡Ciertamente!

DOÑA ISABEL.

Y tú, Elisa, coqueteaste mucho?

ELISA.

Sí, yo... (Mirando de soslayo á Enrique.)

DOÑA ISABEL.

Vamos, no parece sino que os cuesta trabajo responder, como si se tratara de confesar una falta... ¡ah! procurad acordaros de todo para escribírselo á Cárlos.

ENRIQUE.

(¡A su hijo!)

DOÑA ISABEL.

Aunque á decir verdad me tiene un poco disgustada... En su última carta no nos daba tantas noticias como otras veces...

ENRIQUE.

(¿Qué oigo?..)

DOÑA ISABEL.

Y habia en ella un... no sé qué... ¡oh! tú bien lo notaste porque la leias con un tono tan triste...

JULIA.

No lo crea V., yo...

DOÑA ISABEL.

Veremos en la de hoy que tal se porta...

JULIA fingiendo sorpresa.

¡Ah! es verdad, hoy es dia de correo.

DOÑA ISABEL.

Sí; y es extraño que aún no haya venido el cartero... ¡Si estará enfermo mi hijo!.. ¡Oh! si lo estuviese, me lo diriais, no es verdad?.. no tendriais valor para engañarme...

JULIA.

Nó, nó; cálmese V... Aquí viene Antonio, y, segun creo... (Haciendo señas á Antonio que aparece en la segunda puerta de la izquierda.) trae una carta.

ESCENA VII.

Dichos y ANTONIO.

ANTONIO.

Justamente; ahora mismo acaba de llegar.

DOÑA ISABEL con júbilo.

¡Ah!

ENRIQUE.

Pero... (Bajo á Julia.)

JULIA bajo á Enrique.

Silencio, amigo mio...

DOÑA ISABEL.

¡Ay! Antonio, no sabes el peso que me has quitado...

ANTONIO.

(¡Pobre señora!) (Vase por el foro.)

ESCENA VIII.

Dichos, menos ANTONIO.

DOÑA ISABEL.

Vamos, lee, hija mia; no te detengas...

JULIA tomando del velador una hoja de papel en blanco.

(¡Todavía esta horrible comedia.)

ENRIQUE.

(¡Ah! comprendo...)

JULIA fingiendo que lee.

Madre del alma...

DOÑA ISABEL.

¡Calle! es á mí á quien escribe hoy! Pues mira, hija mia, no tengas celos... ya sabes que casi siempre es á ti... Pero sigue, veamos lo que dice...

JULIA.

Apenas tengo tiempo para dedicar á V. algunas líneas, pero no debo permitir que pase este correo dejando á ustedes bajo la impresion de mi anterior que no tenia nada de alegre...

DOÑA ISABEL interrumpiendo.

¿Ves, tú? él mismo lo confiesa...

JULIA.

Cuando la escribí... me hallaba enfermo...

DOÑA ISABEL.

¡Ah!

JULIA con precipitacion.

Pero ya estoy completamente restablecido; no ha sido más que una ligera indisposicion.

DOÑA ISABEL.

No os decia yo que algo debia tener?... Vamos, continúa... tal vez nos anuncie su regreso...

JULIA.

(¡ Su regreso !) (Con abatimiento.)

ELISA bajo.

Valor, hermana mia.

JULIA haciendo un esfuerzo.

Por ahora, madre querida, ninguna circunstancia nos induce á creer que la guerra termine, y por lo tanto no puedo decir á V., como quisiera, que veo cercano el deseado... momento de... estrecharla... entre mis brazos... (Sollozando.)

DOÑA ISABEL.

¡Cómo ha de ser! Vaya, hija mia, no llores, no te aflijas por eso... Sabemos que está bueno y... si aún no vuelve, qué remedio?... Esperemos...

ELISA.

Sí, esperemos... (Con amargura.)

DOÑA ISABEL.

Y qué más dice? No habla del capitan Cisneros que tanto nos hacia reir con sus historietas?... A ver...

JULIA.

El capitan Cisneros...

DOÑA ISABEL.

¡Ah! ya me lo figuraba.

JULIA.

El capitan Cisneros... (Se detiene sin poder hablar.)

DOÑA ISABEL.

Vamos, qué?... Sólo el pensar en él me causa risa...

JULIA.

El capitan Cisneros... se ha marchado á otro cuerpo.

DOÑA ISABEL con disgusto.

¡Qué diablura!

JULIA apresurada y conteniendo el llanto.

Adios, madre mia... Dé un abrazo en mi nombre á Elisa y Julia y V. reciba cuantos quiera de su hijo... que la adora, Cárlos. (Dejándose caer en una silla con profunda emocion.)

ENRIQUE acercándose á Julia, conmovido.

¡Sublime sacrificio!

DOÑA ISABEL volviéndose al oir una voz extraña.

¡Eh! qué es eso... quién está ahí?

JULIA bajo á Enrique.

¡Oh! qué ha hecho V.?

DOÑA ISABEL.

Nadie responde?...

ENRIQUE.

Soy yo, doña Isabel...

DOÑA ISABEL.

¡Enrique!

ENRIQUE.

El mismo.

DOÑA ISABEL.

¡Es posible... V. aquí!

ENRIQUE.

Sí, señora...Entré cuando estaban ustedes leyendo esa carta y he permanecido á la puerta sin atreverme á interrumpir la lectura... Mas no he podido contener mi alegría al verme nuevamente en presencia de personas tan queridas y la emocion me ha descubierto, el llanto me ha vendido...

DOÑA ISABEL.

Llora V.?

ENRIQUE.

Sí, señora... de gozo, de placer...

JULIA bajo, estrechándole una mano.

Gracias, Enrique...

DOÑA ISABEL con acento de dulce reconvencion.

¿Conque ha dejado V. á mi hijo?..

ENRIQUE.

¡Ah! nunca hubiera querido separarme de su lado, pero el destino, es decir, las vicisitudes de la guerra, me han obligado á volver á España sin él.

DOÑA ISABEL.

Y cómo queda? Está bueno... no le pasa nada?..

ENRIQUE.

Nada, señora.

DOÑA ISABEL.

¿Y no le ha hecho á V. ningun encargo para mí?

ENRIQUE.

Seguramente... aunque en este momento no recuerdo...

DOÑA ISABEL.

¡Cómo! no le ha dicho á V. que me diera un abrazo en nombre suyo!

ENRIQUE.

¡Ah! sí, señora, es verdad!

DOÑA ISABEL.

Pues bien, qué aguarda... ¿no quiere V. cumplir el encargo?

ENRIQUE.

¡Oh! sí, con todo mi corazon. (La abraza.)

DOÑA ISABEL.

Muy bien. (Se pone de pié.) Ahora haga V. el favor de darme el brazo; he tenido un momento de agitacion y necesito descansar... Las emociones fuertes me causan mucho daño... Vamos, guíeme V. hasta la puerta del gabinete. (Se dirige apoyada en el brazo de Enrique á la primera puerta de la izquierda.) Bien, ya hemos llegado... Gracias, amigo mio; desde aquí ya puedo ir sola... Adios, adios... (Vase.)

ESCENA IX.

JULIA, ELISA Y ENRIQUE.

ENRIQUE volviendo al lado de Julia.

Perdon, señora...

JULIA.

Qué hace V.?

ENRIQUE.

Todo lo he comprendido... Deje V. que admire de rodillas la abnegacion de su conducta.

JULIA.

Nó, nó... (Obligándole á levantarse.) Aún no estoy bastante justificada á sus ojos... Oigame V., sépalo todo y despues...

ELISA.

Sí, habla...

JULIA.

El dia que recibimos la fatal noticia estábamos solas en esta sala Elisa y yo... Ignoro lo que pasó en los primeros momentos... Sólo sé que cuando recobré el sentido me hallé en los brazos de mi hermana que me estrechaba contra su corazon bañando mi rostro con sus lágrimas... De pronto se presentó nuestra madre, corrí á ella, y, sin saber lo que hacia, iba ya á decirla: «Ha muerto Cárlos...» pero al imprimir un beso en su frente

surcada de prematuras arrugas, al contemplar en su rostro las huellas del sufrimiento, comprendí que seria matarla, y me detuve. En vano esperé hallar, al dia siguiente, ocasion de comunicarle la funesta nueva... La encontré tan tranquila, tan alegre, que no tuve valor para intentarlo siquiera. Dejé pasar una semana, tras de aquella otra, y trascurrió un mes sin que tuviera la más leve sospecha de la muerte de su hijo. En ese tiempo, bajo pretesto de que la salud de Elisa lo exigia, pudimos decidirla á irnos á vivir al campo, alejándola de este modo de las personas que pudieran hacerle conocer su infortunio y sustrayéndonos á la murmuracion de que era objeto en ciertos círculos nuestra aparente indiferencia... Pero ¡ay! no fué bastante todo esto... Fué preciso mentir, engañarla, cuando preguntaba si Cárlos habia escrito, reproduciendo cada quince dias la dolorosa escena que acaba V. de presenciar... leer cartas que no existen, demostrar una alegría que no se siente, fingir una esperanza que no abriga el corazon... ¡ah! y sin embargo entónces nos cabia un consuelo...

ENRIQUE.

El de llorar?.. triste consuelo!

JULIA.

Es verdad! pero consuelo, al fin, del que hoy apénas disfrutamos.

ENRIQUE.

Comprendo... Pasó el verano, volvieron ustedes á Madrid, y ella, cumpliendo el encargo que al partir le hizo su hijo de que su esposa y su hermana se distrajeran, querria que ustedes frecuentasen los paseos, las reuniones...

ELISA.

Sí, eso es...

ENRIQUE.

Y V...

JULIA.

Yo, siempre que se hablaba de ello, buscaba una disculpa cualquiera, procurando mudar de conversacion; pero un dia... ¡oh! nunca sabrá el daño que me hizo... tuvo valor de decirme que yo no queria á Elisa, que era una mala hermana...

ELISA.

Eso te dijo?..

JULIA.

Sí... Y hé aquí, Enrique, por qué ha visto V. en un baile á la viuda del coronel Mendoza... Hé aquí por qué se hallaba entre aquellas mujeres radiantes de felicidad y de alegría, esforzándose por aparecer tranquila y satisfecha, ostentando en sus labios la sonrisa... pero con el alma destrozada.

ENRIQUE.

¡Ah! necio de mí! qué es lo que he hecho?

JULIA.

¡Cómo... qué quiere V. decir?..

ENRIQUE.

Que mi dicha estaba aquí, en esta casa, y yo mismo me he cerrado sus puertas.

ELISA.

¡Usted!

ENRIQUE.

Sí, yo... Sepan ustedes que ese proyecto del coronel, de que ántes les he hablado y del cual dependia mi porvenir, la felicidad de toda mi vida, era nuestra union... (Á Elisa.)

ELISA.

(¡Ah!)

JULIA.

Y bien...

ENRIQUE.

Y bien, señora... Si hubo un dia en que acaso por un exceso de amor propio, ó fundado tal vez en el inmenso cariño que podia ofrecer á Elisa, me creí merecedor de dicha tanta, hoy, lo confieso avergonzado, no soy digno de aspirar á esa union...

ELISA.

¡Cómo!

JULIA.

Por qué?

ENRIQUE.

Y ustedes me lo preguntan!.. ustedes á quienes tan injustamente acabo de tratar, á quienes he ofendido con mis dudas... ¡ah! nó, en vano tratarian ustedes de disculparme, pues sólo conseguirian con esa nueva muestra de bondad, aumentar los remordimientos de mi falta.

Grande ha sido, es verdad, y su castigo tambien debe ser grande... Pero sé que no es de ustedes de quien debo esperarlo y es preciso que yo mismo me lo imponga. Tal vez use al hacerlo más rigor del que debiera con este infortunado corazon que, por su mal, hoy más que nunca las admira y las ama... Mas no tengo valor para soportar vuestra indulgencia, mil veces más cruel para mí que vuestro enojo... Adios, pues, Elisa mia... Adios señora... (Se dirige al foro.)

JULIA.

Pero, Enrique...

ELISA.

Dios mio! (Dejándose caer en una silla.)

ELISA.

Enrique... (Dando un paso hácia él y señalando á Elisa.)

ENRIQUE.

Adios! (Desde la puerta, despues de un momento de vacilacion.)

ESCENA X.

JULIA Y ELISA.

JULIA.

Y se va!..

ELISA.

(¡Ingrato!)

JULIA.

He aquí otra deplorable consecuencia de la odiosa farsa que en mal hora comenzamos, y que es fuerza terminar.

ELISA.

¡Ah! nó, querida Julia... Para ello seria necesario confesárselo todo á nuestra madre, y...

JULIA con resolucion.

Y bien, se le confiesa.

ELISA.

Qué, serias capaz?..

JULIA.

Sí, Dios que ve cuánto nos cuesta ocultarla su desgracia, nos dará á entrambas valor... á ella para oirla y á mí para comunicársela.

ELISA.

Considera, sin embargo, hermana mia, que la misma razon por que hace tiempo nos vimos en el caso de mentir, nos obliga hoy á callar... Hoy como entónces seria un golpe demasiado rudo para ella...

JULIA.

Es verdad. Mas, ¿quién responde, porque hasta ahora, merced á nuestras constantes precauciones, haya podido abrigar su corazon una esperanza tan grata como ilusoria, de que no llegará un dia en que conozca la triste realidad?

ELISA.

Cómo?

JULIA.

Quién sabe!.. A pesar nuestro, en una frase, en un gemido, en una lágrima que no nos sea posible contener...

ELISA.

Tienes razon!

JULIA.

Y que á un mismo tiempo nos dejaria á ella sin hijo y á nosotras sin madre...

ELISA.

¡Ah! pues bien, haz lo que quieras; pero temo...

JULIA.

Nada temas... Yo sabré prepararla...

ELISA.

Sí, eso, sí... Ya que estás decidida á poner fin á esta violenta situacion, procura al ménos conseguirlo sin tener que lamentar nuevos disgustos.

JULIA.

Así espero que suceda.

ELISA.

¡Oh! Dios te oiga.

JULIA.

En Él confío. (Vase por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA XI.

ELISA; despues ANTONIO.

ELISA.

¡Pobre madre! ¡ah! Señor, dadle fuerzas para resistir á tan terrible prueba! (Se aproxima á la puerta por donde salió Julia, demostrando inquietud.)

(Antonio aparece en la puerta del foro.)

ANTONIO.

Válgame Dios! qué sorpresa... quién habia de esperar?.. ¡Ah! (Viendo á Elisa.) La alegría me ahoga y es posible que lo eche todo á perder... Pero, en fin, allá veremos. (Adelantándose.) Señorita...

ELISA volviéndose.

Qué?

ANTONIO.

Soy yo... no hay que asustarse...

ELISA.

Pues qué ocurre... (Con ansiedad.) Parece que vienes conmovido... qué te pasa?..

ANTONIO.

Nada, nada, no vaya V. á creer...

ELISA.

¡Oh! sí, tú tienes algo; esa turbacion...

ANTONIO.

(Malo!)

ELISA.

Qué es ello?

ANTONIO.

Qué? Que ahora... que luego... (No lo dije? ya no sé lo que hago...)

ELISA.

¡Oh! habla, habla... y cuenta con decirme la verdad porque en la cara te he de conocer si me engañas...

ANTONIO.

Sí? pues bien, no sólo estoy conmovido sino que me falta poco para llorar...

ELISA.

¡Llorar!

ANTONIO.

Sí, es vergonzoso, no lo niego; pero, qué quiere V...! en la vida ocurren casos y hay cosas que...

ELISA.

Tal vez alguna desgracia...

ANTONIO.

No, al contrario, una gran felicidad.

ELISA.

Para tí?

ANTONIO.

Ya lo creo! y para V. y para la señora y para todo el mundo...

ELISA.

¡Dios mio! Es posible?... Acaso...

ANTONIO.

Qué?

ELISA.

Nada, soy una loca.

ANTONIO.

(Malo, malo!)

ELISA.

Mas, qué aguardas, ¿no estás viendo mi impaciencia?

ANTONIO.

Sí tal, pero es preciso que se muestre V. fuerte...

ELISA.

¡Oh! me asustas.

ANTONIO.

Que tenga serenidad...

ELISA.

La tendré.

ANTONIO.

Que esté tranquila...

ELISA.

Ya lo estoy.

ANTONIO.

Pues bien... Vea V. esta carta... ¿Conoce V. la letra?

ELISA.

¡Ah! sí, pero...

ANTONIO.

Y la firma? (Abriéndola.)

ELISA.

Tambien, mas no comprendo...

ANTONIO.

Aún no? Vea V. la fecha...

ELISA.

¡Cielos! qué miro!

ANTONIO sosteniéndola.

Valor!

ELISA.

Estoy soñando sin duda.

ANTONIO.

Qué sueño ni qué ocho cuartos!...

ELISA.

Luego vive...

ANTONIO.

Pues nó que no!..

ELISA.

¡Ah! hermano mio!

ANTONIO.

Por muerto le dejaron, es verdad, mas no lo estaba; y, aún con vida, cayó en poder de los insurrectos donde ha estado prisionero hasta hace poco, que en un encuentro con nuestras valientes tropas ha sido felizmente rescatado.

ELISA.

¡Oh! qué dicha tan grande! (Con trasportes de alegría.) Pero ahora que me acuerdo... (Palideciendo de repente.)

ANTONIO.

Qué?

ELISA.

Dios mio!

ANTONIO.

Qué sucede?

ELISA.

Que mi hermana, resuelta á no engañar por más tiempo á nuestra madre, ha entrado hace un rato en su habitacion, y tal vez en este instante le anuncia la muerte de su hijo...

ANTONIO.

¡Oh! es preciso impedirlo...

ELISA.

Y si ya es tarde?...

ANTONIO.

Corramos.

(Se dirigen á la habitacion de doña Isabel á tiempo que ésta aparece en la puerta, pálida y temblorosa.)

ESCENA XII.

Dichos y DOÑA ISABEL.

DOÑA ISABEL.

Julia, Julia... dónde estás?

ANTONIO.

(Malo!)

ELISA.

Qué es eso, mamá, qué tiene V.?

DOÑA ISABEL.

¡Ah, Elisa! dime qué ha ocurrido... yo quiero saberlo todo...

ANTONIO bajo á Elisa.

Aún es tiempo, por lo visto.

DOÑA ISABEL.

Habla, hija mia... Qué es lo que Julia me oculta? Qué desgracia es la que tiene que comunicarme, y no se atreve?

ELISA.

¡Una desgracia!

DOÑA ISABEL.

Sin duda... Hace un momento entró en mi cuarto y se arrojó á mi cuello pronunciando entre sollozos palabras que me hicieron estremecer... ¡Ay! en vano esperé que se explicara... En vez de hacerlo, rompió en amargo llanto y se alejó. Qué es lo que esto significa?.. Es que ha muerto mi hijo?...

ANTONIO.

Quiá! nó, señora, eso nó.

DOÑA ISABEL.

¡Ah! tú tambien estás aquí, Antonio?.. Pues bien habla tú... qué tiene la señorita Julia?

ANTONIO.

Mire V., como no sea que haya querido ser la primera en dar á V. la noticia...

DOÑA ISABEL.

Qué noticia?

ANTONIO.

Toma! la que se ha recibido hace un instante.

DOÑA ISABEL.

De Cárlos?

ELISA.

Sí.

DOÑA ISABEL.

¡Ah! Y quién, quién la ha traido?

ESCENA XIII.

Dichos y ENRIQUE.

ENRIQUE entrando por el foro.

Yo, señora.

DOÑA ISABEL.

Enrique!

ELISA.

Usted?

ENRIQUE.

Sí, yo que al volver á mi casa encontré en ella una carta del coronel fechada en Cádiz, en la que, sabiendo que estoy en Madrid, me da el encargo de preparar á ustedes á recibir una sorpresa, y que yo, con este objeto, remití en seguida á Antonio.

DOÑA ISABEL.

Ah! Y esa carta...

ANTONIO.

Aquí está. (Dándosela á doña Isabel que la besa con júbilo.)

DOÑA ISABEL.

¡Una sorpresa! Qué será?.. ¡oh! toma y lee, hija mia...

ENRIQUE bajo á Elisa indicándole dónde ha de leer.

Desde aquí...

ELISA dirigiéndole una mirada cariñosa.

Gracias, Enrique.

ESCENA XIV.

Dichos y JULIA, que sale por la segunda puerta de la izquierda y al verlos se detiene.

JULIA.

(¡Ah! no está sola... Mas, qué veo?.. Elisa leyendo una carta!.. Ya! sin duda, ella tambien...)

DOÑA ISABEL.

Sigue, sigue...

ELISA leyendo.

«Libre al fin, y con licencia para ir á restablecerme á la Península, me apresuro á participarle mi regreso...»

JULIA.

(¡Cielos!) (Acercándose y prestando atencion.)

DOÑA ISABEL.

Qué gozo!

ELISA.

«Y ruego á V. que comunique tan agradable nueva á mi familia á quien espero abrazar pronto, muy pronto...»

JULIA.

(Qué escucho!.. ¡ah! Esto ya es demasiado.) (Se acerca á Elisa y le arrebata la carta; la recorre ligeramente con la vista y cae sobre un sillon dando un grito de sorpresa y alegría.)

DOÑA ISABEL.

Qué es eso... quién ha entrado?

ELISA Y ENRIQUE corriendo en su auxilio.

¡Julia!

DOÑA ISABEL.

¡Ah!

JULIA bajo á Elisa y Enrique.

Conque vive...

ELISA bajo.

A Dios gracias...

ENRIQUE bajo.

Que así premia su noble proceder...

JULIA.

Gracias, Dios mio!

DOÑA ISABEL.

Yo voy á volverme loca de alegría.

ELISA.

Y yo.

ANTONIO.

Y yo tambien... Es decir, yo, loco.

JULIA.

Mas cuándo llega?

ENRIQUE.

Ya ha llegado.

JULIA Y ELISA.

¡Ah!

DOÑA ISABEL.

Y donde está?

ENRIQUE.

Cerca: en mi casa, donde se presentó poco despues que su carta y donde aguarda impaciente á que le mande yo un aviso...

ANTONIO.

Sí, eh? pues voy corriendo.

DOÑA ISABEL.

Sí, sí, no te detengas... (Vase Antonio precipitadamente por el foro.)

ENRIQUE á Elisa.

Sabe V. por quién me ha preguntado al abrazarme? Por mi esposa.

ELISA.

¡Ah!

ENRIQUE.

¿Podré al verle de nuevo darle el dulce nombre de hermano?

ELISA.

(Mirándole con cariño y tendiéndole una mano que él besa entusiasmado.)

¡Enrique!

JULIA.

(Acercándose á ellos y abrazándolos.)

Y Cárlos y yo, si ustedes quieren, seremos los padrinos...

ENRIQUE.

(Contemplando á una y otra con muestras de satisfaccion.)

¡Oh! no hay duda, el rostro es el espejo del alma..

Yo, ingrato, desconocí
un momento esta verdad,
dudando de la bondad
que siempre en ustedes ví;
y es porque al olvido dí,
sin que á mi deseo cuadre,
que, aunque el pecho le taladre

de dolor, no hay sacrificio
á que no se halle propicio
un buen hijo... ¡por su madre!

(Se oye un campanillazo. Julia se dirige precipitadamente al foro, y Elisa y Enrique corren á sostener á doña Isabel que, llena de emocion, vacila y se apoya en ellos.)

FIN.

HISTORIA

ICA Y DIPLOMATICA

lesde la independencia
tados Unidos hasta nuestros dias

(1776-1895)

POR

JERÓNIMO BECKER.

, que acaba de ponerse á la venta,
amplio y fiel extracto los principales
amina con imparcialidad la historia
ñala sus defectos y expone con minu-
les lo referente á las relaciones exte-
paña, siendo, por tanto, de gran inte-
ıocer de un modo exacto el aspecto
de la cuestión cubana.
en 4.º, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN

DE LAS

LOS REINOS DE LAS INDIAS

ındadas imprimir y publicar

POR

STAD CATOLICA DEL REY CARLOS II

ıción, corregida y aprobada por la
s del Tribunal Supremo de Justicia,
ıción de la Regencia provisional del

os en folio, 50 pesetas.

IFILOS ESPAÑOLES

ompleta de todos los tomos publi-
ı sociedad, de que se hallan la ma-
ıtados.
ados 38 tomos en 4.º—Precio, 900

ıy tomos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.º en cartoné.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO

DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicados hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.

Un tomo en 4.º de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.